

GLORIAS ESPAÑOLAS.

SANTA TERESA DE JESÚS.



En la brillante aureola que circunda á la noble nación española, grande siempre hasta en sus desgracias, mil rayos de esplendente luz vienen á iluminar su glorioso pasado con inextinguible fulgidez. España, que cuenta tantas glorias, se enorgullece y con razón de sus esclarecidos hijos, teniendo una página inmortal donde se registran los hechos de los héroes, la santidad de los justos, la ciencia de los sabios, las grandes concepciones de los artistas, la fe de los mártires y el patriotismo nunca desmentido de todos.

Entre tan preclaras glorias, lustre de nuestra patria y admiración de las demás naciones, debemos hoy consagrar nuestra especial atención al prodigioso genio, honra de las letras y gala de los altares, á la ilustrada doctora de Avila, á Santa Teresa de Jesús. Su hermosa figura, que se destaca con toda majestad en pleno siglo diez y seis, aparece ante nuestra vista como la más sabia de las mujeres que hayan escrito y como la base de una nueva filosofía: pura cual su divino amor, levantada cual la moral que encierra.

La Iglesia Católica eleva todos los años, en el día 15 de Octubre, un himno de alabanza á la Santa; los filósofos reconocen en ella á un maestro, los descreídos admiran su saber y todos la veneran cual á un verdadero genio.

Como santa la reverenciamos, como filósofa tenemos por ella la admiración que sentimos por todos los seres sobrenaturales, pues es indudable que sorprende encontrar tanta ciencia en la mujer que apenas había estudiado, que no sabía gramática ni retórica, que no conocía siquiera los principios de ninguna escuela; y, sin embargo, en su estilo sencillo, vemos expresar todos los sentimientos con la mayor claridad, hallando la expresión más adecuada á la idea que quiere desarrollar, y formando en suma una sabia teología que han admitido con entusiasmo los más doctos de la Iglesia.

Dejando aparte los milagros con que la fe religiosa la diviniza, haciendo caso omiso de cuanto en su abono han dicho las virtuosas hermanas compañeras suyas que ya la consideraban un ser sobrenatural, la imaginación se abisma ante la contemplación de tal prodigio. Sólo podemos comprender que el genio tiene algo de santo, y es por lo que más se acerca la criatura al Creador, pues el genio es un destello divino, una chispa celestial que se enciende en el cerebro humano para darnos una idea de la inmortalidad.

El estilo de Santa Teresa es por sí solo un verdadero milagro, y sin la aureola de santidad que la ilumina, podría aparecer como una criatura predilecta de Dios, ya que ha podido remontarse á las elevadas esferas de la ciencia sin poseer los rudimentos de ella. Santa Teresa tuvo perfecta intuición de cosas que le eran desconocidas, poseyendo una presciencia que causaba el asombro de los más eruditos contemporáneos suyos.

Varios son los libros, cantos y sentencias que la Santa nos ha legado; pero lo más admirable, lo que se ve como un modelo del buen decir y como fuente de alta filosofía, es *El castillo interior ó las moradas*, que forma, con *El camino de perfección*, un monumento de la literatura mística nacional.

La misma Santa lo dice: *El platero que ha fabricado esta joya sabe ahora más de su arte*. Y esta artista era entonces, como dice Lafuente en un magnífico estudio que de las obras de la Santa hace, «una anciana de setenta y dos años, maltratada por la penitencia, agobiada por enfermedades crónicas, medio paralítica, con un brazo roto, perseguida y atribulada, retraída y confinada á un convento harto pobre, después de diez años de una vida asendereada y colmada de sinsabores y disgustos.»

La gracia divina la inspiraba, pues la Santa afirma que cuanto escribió le era dictado, que nada ponía de su parte. Ya decrepita compuso libro tan notable en el cual campea una lozanía y una frescura que no parece de ingenio gastado por el trabajo.

Si nuestras frases encomiásticas pudieran levantarse á la altura de nuestro entusiasmo, muchos serían los elogios consagrados á la Santa; anhelamos un humilde lugar en el coro de los que la veneran con más ciencia que nosotros pero no con más fervor, sintiendo no saber decir lo que su genio colosal merece.

Hasta el eminente Juan Valera, cuya autoridad no es sospechosa, pues no brilla por la devoción, dice lo siguiente: «La teología mística, en lo esencial, y dentro de la más severa ortodoxia católica, tenía que ser siempre la misma en todos los autores; pero ¿cuánta originalidad y cuánta novedad no hay en los méto-

«dos de explicación en la ciencia? ¿Qué riqueza de pensamientos no cabe y se «descubre en los catinos por donde la Santa llega á la ciencia, la comprende «y la enseña y declara? Para Santa Teresa es todo ello una ciencia de obser- «vación, que descubre ó inventa, digámoslo así, y lee en sí misma, en el seno «más hondo de su espíritu, hasta dónde llega, atravesando la oscuridad, ilumi- «nándolo todo con luz clara, y estudiando y reconociendo su ser interior, sus «facultades y potencias, con tan aguda perspicacia, que no hay psicólogo esco- «cés que la venza y supere.»

Como ha dicho perfectamente la Directora de este periódico: «Las mujeres «pueden denominar con justa razón al siglo diez y seis, siglo de Santa Teresa. «Las españolas pueden decir con orgullo: pertenecemos á la patria de la subli- «me doctora.»

Al dedicar hoy un homenaje á tan egregia figura, lo hacemos con el orgullo de españoles y con el entusiasmo de creyentes.

México, 15 de Octubre de 1885.

FRANCISCO DE PAULA FLAQUER.

LA DOCTORA DE ÁVILA.



¿Puede jactarse de poder describir propiamente esos éxtasis sublimes del alma, esos arrobamientos purísimos que transfiguran al ser humano en ángel, haciéndole emprender un majestuoso vuelo á esas regiones celestiales puramente soñadas? ¿Quién puede dar una idea del espíritu, cuando momentáneamente desligado del vaso material que lo envuelve, se eleva desde la tierra como un rayo de luz, y va á confundirse con los muchos que rodean á su Creador?

Hé aquí un fenómeno psicológico que el positivismo de nuestra época no puede explicarse satisfactoriamente, y ante el cual retrocede la ciencia que quiere sujetar todo lo que ve y palpa á las decisiones de la razón.

Los tiempos que se llamaron del *oscurantismo*, presentan á las generaciones actuales, para quien el alma es un mito, una locura ó una peregrina conseja, el ideal más sublime de todos los ideales, el trasunto más fiel de la grandeza que encierra esta sola palabra: ¡Dios! y lo presentan revestido de todas las magnificencias de que Él quiso rodearse, formando el Universo para su gloria y creando al hombre para que reconociera en Él su principio y su fin.

Los mártires del Cristianismo, los solitarios de la Tebaida, los campeones de las Cruzadas, y más tarde los monasterios donde por mucho tiempo se encerró la ciencia para poder producir después el *Viat lux* del Verbo cristiano, son otras tantas pruebas de que el ideal Dios produjo en el hombre el ideal alma, dotándola de toda la pureza, de toda la ternura, de todo el amor y de toda la espiritualidad para que lo adorara y se fundiera en el calor del mismo fuego que la creó.

Santa Teresa de Jesús es la viva encarnación de ese pure idealismo del ser que ha llegado á comprender hasta qué grado es inmenso el amor que Dios puede inspirar á sus criaturas, y hasta dónde puede llegar el pensamiento en su gigante vuelo. La profunda pensadora, la dulce poetisa, la vestal cristiana que alimentaba el fuego del sentimiento en las vírgenes consagradas al casto esposo cuyos amores pinta ella con deliciosa ternura, se levanta en medio de un siglo en que acababa de sonar el grito de Lutero proclamando el libre examen, y su rara elocuencia, sus palabras de fuego y sus éxtasis llenos de celestial poesía, contienen el torrente que pudo desbordarse con la caída de Catalina Boré. Sin embargo, no faltó un sacerdote que llevado del celo apostólico que movió á San Pablo á decir: «*callen las mujeres en la Iglesia de Dios*,»¹ le hiciese quemar á la egregia doctora una de sus mejores obras titulada: *Conceptos del amor de Dios*, precisamente porque dicha obra contenía una novedad que si no se basaba en el libre examen de las Sagradas Escrituras, tenía por texto el sublime cantar de los cantares, lleno de bellezas, pero también lleno de peligros para su interpretación. Quedan, no obstante, algunos fragmentos de esa obra, que una religiosa de su orden copió y conservó, los cuales revelan toda la grandeza de aquel talento y toda la ternura de aquel corazón.

Si en la obra citada se admira la privilegiada inteligencia de la Santa autora, en sus *Exclamaciones*, trozos bellísimos de sentimental arrobamiento, en sus

¹ Prólogo del Padre Gracián á la obra «*Conceptos del amor de Dios*.»